

Viene de la **página 3**

fría en la que solo hubo piedad para una bebé de tres meses.

Luján Guevara entró el viernes 22 de noviembre por la mañana en una sala de audiencias de Juárez vestido con un chándal gris, desarreglado, con la mirada zumbada y la goma de los calzoncillos a la vista. El juez debía determinar si su arresto había sido legal. Al poco de empezar la sesión, su abogado, Jesús Antonio Benzor, protestó porque la fiscalía no le había entregado la carpeta de la investigación hasta unos minutos antes. El juez, arónito ante la informalidad de la fiscalía, retrasó la audiencia una hora y media. Suspendida la sesión, Benzor salió del edificio con dos ayudantes y entró en un tenderete de carretera donde se puso a ojear el enorme volumen de folios del caso mientras desayunaba una hamburguesa con un café. Pasados unos minutos, apareció por el local un expolicia conocido del abogado y se saludaron. "Pues acá estamos", dijo Benzor, "metidos en un lío con este muchacho. Es uno de los multihomicidas; buenio, supuestos, porque son chivos expiatorios". En la tienda se oía un hilo musical de banda noroña. *Al sur de mi tierra / Durango y Chihuahua...* Sobre la mesa estaban las fotos de la escena del crimen. Los adultos y los niños ensangrentados encima de la cama.

—¿Quieres chille? —le preguntó un ayudante al abogado.

—No, ya tengo.

Benzor, además de abogado, es pastor evangélico. El mismo ayudante se pone a contemplar las imágenes del crimen. "El que hizo esto no está bien de la cabeza", dice. El abogado también mira las fotos. "¡Está loco ese hombre!, ¿quién hizo esto?". Poco después, su amigo el expolicia, que estaba de pie en silencio, vuelve a intervenir: "Ahora sí que estás delante de una prueba de fuego, canijo", le dice. El pastor suelta una carcajada.

La audiencia se reanudó después de la una. El abogado le pidió a su defendido que le mostrase la espalda al juez para

"El que hizo esto no está bien de la cabeza", dice el ayudante del abogado defensor al ver las fotos de la escena del crimen

enseñarle marcas de supuestas torturas policíales. El juez detectó una línea de puntos rojos en su espalda y determinó que la fiscalía debía abrir una investigación interna para saber si le hicieron algo, una posibilidad que remueve una herida recién abierta en la justicia estatal: a principios de noviembre, la Suprema Corte liberó a un acusado de la matanza de los estudiantes tiroteados en un cumpleaños porque confesó bajo torturas. En el caso del homicidio de los *testigos*, la fiscalía sostiene la veracidad de la primera declaración de El Tomate, que ahora dice que lo torturaron para que se inculpara y con base un relato de los hechos inventado. De acuerdo con el testimonio que dio, o con el cuento que según dice le obligó a recitar la policía, él y otros tres —dos de ellos prófugos— cometieron el crimen el sábado 16 a las nueve de la noche. Que entraron en la casa. Que hubo un forcejeo. Que Luján Guevara cogió un cuchillo en la cocina, mató al cabeza de familia, después al otro adulto y luego amordazaron al resto para ir matándolos uno detrás de otro con el mismo cuchillo, primero las mujeres, de últimos los niños.

¿Y por qué?

Porque el cabeza de familia debía unos 100 dólares de un trato para cruzar a una pitbull suya con un macho de esa misma raza de perros de pelea. Eso dice la última historia de terror en la Ciudad Juárez de la posguerra. •

EL ESTALLIDO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL SORPRENDIÓ A GAZIEL ESTUDIANDO EN LA SORBONA. RECONVERTIDO EN PERIODISTA, SUS CRÓNICAS CALLEJERAS, REEDITADAS AHORA, HICIERON HISTORIA

París, 1914

Jueves, 6 de agosto

Cuentan que durante la guerra franco-prusiana de 1870 el primer teatro nacional, la Comédie Française de París, mantuvo casi sin interrupción sus puertas abiertas al público. Y hasta me parece haber leído que en plena Revolución Francesa y en su periodo peor, llamado del Terror, algunos teatros parisinos continuaron sus representaciones. Esto demuestra la relatividad de todo, incluso de las tempestades más graves que, contempladas desde lejos, parecen arrastrar totalmente a las sociedades humanas.

El hecho es que, tanto en tiempos del hundimiento sensacional del Segundo Imperio francés —que nuestros padres presenciaron— como del cataclismo hasta entonces nunca visto que se llevó por delante en 1793 a la secular monarquía francesa, los burgueses pacíficos y los tenderos de espíritu casero y sosegado, que no se habían enterado en luchas ni fanatismos políticos, no solo pudieron continuar haciendo su vida normal, sino que muchos de ellos, de cabeza astuta, especularon más que nunca con las mercancías y, al caer la tarde, una vez bien cerrados los establecimientos, hasta podían ir a entretenerse al teatro, olvidando durante unas horas nocturnas las escasas estremecedoras sucedidas de día.

La posible coexistencia de las situaciones más graves y las expansiones superfluas, incluso frívolas, en Francia tiene un prestigio menor pero nacional. Así que esta vez también se dijo, desde los primeros días de la guerra, que en París las puertas de la Comédie Française seguirían abiertas. Pero, al pasar por delante, he visto una pandilla de curiosos que parecían observar la cartelera. Yo también me he acercado. Y lo que me ha sorprendido ha sido leer, no el anuncio de *Le Cid*, de Corneille; la *Phèdre*, de Racine; *Le mariage de Figaro*, de Beaumarchais, o *Les Burgraves*, de Victor Hugo, sino este aviso inesperado que textualmente copio:

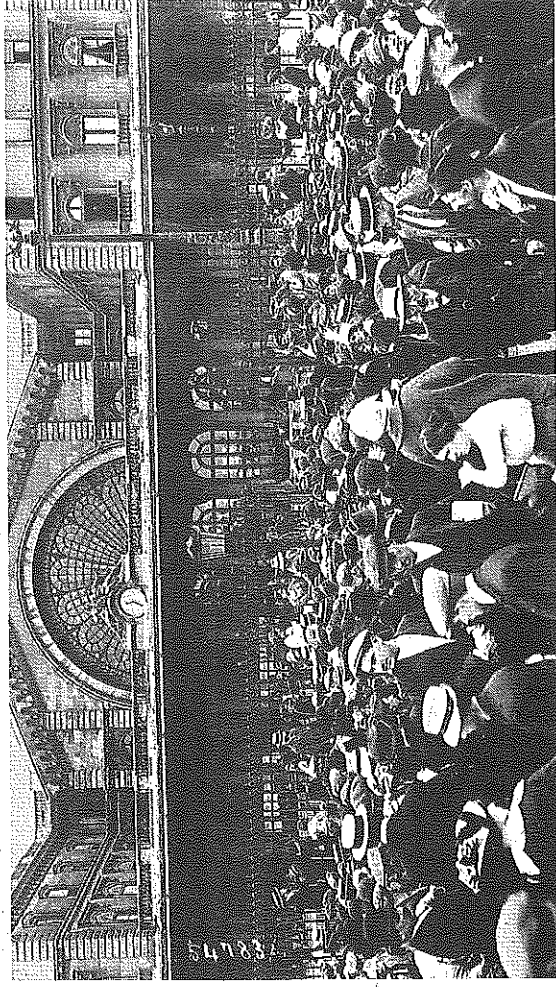
La Comédie Française suspende temporalmente sus representaciones. Movido por sentimientos que el público parisino será unánime en reconocer, y después de consultar la opinión del subsecretario de Estado para las Bellas Artes, el Comité investido, en ausencia del señor Carré [el director actual de la Comédie Française], de poderes administrativos, ha acordado suspender provisoriamente las representaciones.

Y he aquí cómo estas pocas líneas de prosa complicada y burocrática hacen saber al público de la capital que ha de renunciar totalmente, al menos durante una buena temporada, a una de sus expansiones más típicas. Casi no hace falta decir, en efecto, que los otros teatros de París ya habían cerrado antes de hacerlo la Comédie Française.

La lista de los entretenimientos que restan en la capital de Francia es muy curiosa. Tengo a mano, como muestra, la de anteaño, día 4 de agosto, que era la siguiente: Por la tarde: Grandes Almacenes Dufayel (concierto y cine de dos a seis); Gaudinicolor (otro cine, como su nombre indica); La Casa Eléctrica (diversión excéntrica para uso de los extranjeros del bulevar); Museo y Teatro Grévin, figuras de cera y

atracciones variadas, también para curiosos forasteros; el Jardín de Acclimatación y su padre, el Zoológico; la Torre Eiffel, con el ascensor que solo sube hasta el segundo piso (en la cúspide hay instalaciones de guerra), y el Turista, vaporcito con restaurante que hace la travesía del Sena, entre París y Saint-Germain-en-Laye (donde nació Luis XIV).

Por la noche: *La vie de bohème*, de Puccini, en el teatro descubierta del jardín de las Tullerías; Luna Park y Magic City, atracciones ruidosas al aire libre; una retahíla de cines: Cinéma-ormnia-Pathé, Cine Magic, Cinéma Palace, Pathé Cinéma, Ternes Cinéma, Tivoli Cinéma, Circo de Invierno y Electric Palace; un café concierto, Ba-ta-clan, con nombre que evoca los anatemas de Louis Veuillot durante el Segundo Imperio;



Una concentración en París, el 2 de agosto de 1914, cinco días después del estallido de la I Guerra Mundial.



LA CARRERA PERIODÍSTICA DE AGUSTÍ CALVET, 'Gaziel', arrancó espontáneamente cuando siendo estudiante en París empezó a enviar crónicas callejeras de una ciudad sorprendida por la Primera Guerra Mundial en 1914. Marcó sus relatos a 'La Veu de Catalunya' primero y luego a 'La Vanguardia'. Seis años después fue nombrado director, puesto que ocupó hasta la Guerra Civil.

dos bailes mundialmente famosos, Moulin Rouge y Tabarin, donde el trance de la galantería erótica no se rinde nunca, ni en tiempos de guerra, como la guardia de Napoleón; y un casino, el de Enghien, con juego y buen restaurante, muy en las afueras de París, pero al alcance de los que no reparan en gastos.

Y eso es todo: muy poca cosa. Porque esta ciudad, famosa por la abundancia, el refinamiento y la universalidad de los placeres que ofrecía al mundo, y donde venían a abreviar desde el árbitro de la elegancia

real, Eduardo VII de Inglaterra, hasta los aprendices más ilusionados de toda Europa, pasando por los fastuosos magnates asiáticos y los millonarios norte y sudamericanos, hoy se halla reducida a un exiguo número de espectadores, algo propio de una capital de provincias de tercera clase.

Esta estrechez y carestía se deja ver en las caras largas y desinclinadas de los extranjeños que aún vagan desorientados por los grandes hoteles del centro, entre la Ópera, la Madeleine y la Concordia, arrastrándose por las vacías terrazas de los bulevares, más amplios que nunca por haber sido reducidas las hileras de mesas y los sillones de mimbre, una elegancia inútil, porque nadie hace caso —mientras esperan la hora en que les den una cama en los escasos expresos que salen para Suiza, Gran Breta-

ña y la península Ibérica, o una cabina en los paquebotes abarrotados que, en dirección a América, atraviesan el Atlántico—. De día, a estos desocupados de lujo todavía se les ve en el interior de los restaurantes y cafés famosos —de la Paix, de París, Larue o Weber— aburriéndose detrás de las ampollas cristaleras a medio abrir, como pájaros exóticos y enjaulados. Pero apenas oscurece, les echan sin contemplaciones de los cafés a la calle tenebrosa, con una ingratitud que es una de las muestras más evidentes de la guerra.

Quizás para distraer el aburrimiento de estos favoritos de París súbitamente empobrecidos, un editor de novelas populares ha puesto a la venta, justamente por los grandes bulevares donde los forasteros se pasean, una hoja satírica que los *camelots*, o vendedores ambulantes, ofrecen a gritos con voz de taberna. Se titula *El testamento de Guillermo*. La imagen de una cabeza de punta muy bien afeitada, ocupa casi por completo la primera página. Y en las dos páginas interiores, como también en la última, se halla consignado el texto del supuestamente del actual emperador de Alemania. Huelga decir que, en previsión de su próxima muerte, la hoja atribuye al káiser una serie de disposiciones testamentarias que no son sino un sínfin de patochadas bufonescas que más vale silenciar. El libelo es solo un curioso ejemplo de la literatura canalleca que siempre suele acompañar, como un moño tóxico, a las grandes conmociones sociales. •

Diario de un estudiante. París 1914, de Gaziel, está editado en castellano por Diéresis. 352 páginas. 19 euros.